

como Jesucristo tuvo en el cielo un Padre incorrupto, «asi tuvo en la tierra una Madre del todo incorrupta, es decir, Virgen,» y San Vicente Ferrer nos enseña, «que la generacion en el seno de la Virgen es llamada luz, porque se verificó sin las tinieblas de la concupiscencia.»

Ahora bien, oh protestante, ¿qué es lo que resuelves despues de un conjunto de testimonios que son ciertamente de los mas numerosos y dignos de fe? Todos partiendo de la Biblia, dicen: *que María es la Virgen, la Virgen por estado, la Virgen en el parto, la Virgen antes del parto, la Virgen despues del parto, y la siempre y perpetuamente Virgen;* y tú, ¿dirás todavía lo contrario? ¿te atreverás á afirmar tan horrible blasfemia? No, no te atrevas; no aparezcas ante la sociedad con los labios manchados, con la lengua impura, con palabras pérfidas, con el corazon depravado y con el entendimiento torcido: no lo hagas, porque irias contra la demostracion mas clara y evidente, contra un hecho único que tiene en su favor todas las pruebas que brotan de la divinidad de Jesus, contra lo mas fijo y mejor establecido por la razon, ilustrada por la fe, y contra lo confirmado en los dias todos de diez y nueve siglos que tiene la Iglesia no lo hagas, porque irias contra lo demostrado por San Agustin, Alápide, San Alberto Magno, el Beato Amadeo, San Ambrosio, San Anselmo, San Andrés Apóstol, Andrés Cretense, San Antonio, Arnoldo y San Atanasio; no lo hagas, porque están en tu contra San Basilio, Barradas, San Bernardino de Bustos, San Bernardino de Sena, San Bernardo y San Buena-ventura; no lo hagas, porque serás confundido por el Cardenal de Cusa, el Crisólogo y el Concilio de Constanza; por San Dionisio Areopagita y Dionisio Cartusiano; por San Efren, San Epifanio y Eusebio Emiseno y por el Abad Felipe; no lo hagas, porque hacerlo, seria acreditarte de necio y quedarias vergonzosamente confundido por Garau y San Jerónimo; por los cua-

tro Gregorios, el Magno, el de Nazianzo, el de Neocesarea y el de Nicomedia, por Guillermo Parisiense, Hailgrino, Enrique de Casia y Hugo de San Victor; por Ildefonso, Inés é Ireneo; por los tres Juanes, el Damasceno, el Crisóstomo y Francisco Regis; por Leon Magno, Lorenzo Justiniano y San Máximo; no lo hagas, porque esta conducta llena de terquedad, te declararia hombre de mala fe, y quedarias ademas confundido por San Norberto, Nogarola y Novarino; por San Odilon, Orígenes, Pedro Blessense y Pedro Abad de Cluni; por Pedro Damiano, Pedro Español y Pedro Gelasio; por Raimundo Jordan, Ricardo de San Lorenzo, de San Victor y Ruperto; por Salazar, Salmeron, Sixto IV, y absolutamente por todos lo Romanos Pontífices; no, no lo hagas, en suma, porque te avergüenzan y patentizan toda tu mala fe, Sofronio, Suarez y Tertuliano, Tomás de Aquino, Tomás de Villanueva y el Tridentino, con Valencia Venancio y Vicente Ferrer.

49. *Obras de los Padres y Doctores de la Iglesia sobre la virginidad de María.*—En conclusion á este capítulo, en confirmacion de los protestantes y malos cristianos que adjurados sus errores sobre la virginidad de María, la admitieran como realmente es en sí misma; y para perenne confusion de los obstinados é incrédulos, señalaremos aquí no sentencias, sino obras, tratados y sermones que cien y cien escritores han dado á luz sobre la virginidad santísima y purísima de Santa María Virgen: unos suponiéndola como dogma de nuestra santa fe, y otros demostrándola y confundiendo á los que la han negado.

La Iglesia latina y aun la cismática, han escrito innumerables tratados sobre la Concepcion de la Virgen, el nacimiento de la Virgen, la presentacion de la Virgen en el templo, los desposorios de la Virgen con el Señor San José, la Encarnacion del Hijo de Dios en las entrañas de la Virgen, el Hijo de Dios que nace de una Virgen, una Virgen que va á presentar á su

Hijo divino y á purificarse, Simeon reconociendo en María á la Virgen, la Virgen llena de dolor y en el Calvario, muerte de la Virgen, Asuncion de la Virgen á los cielos y la gloriosa coronacion de la Virgen por el Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pues en todos y en cada uno de estos libros, tratados, discursos ó conferencias, que son verdaderamente innumerables, ó se demuestra la perpetua virginidad de María ó se supone como creencia universal: y en uno y otro caso se confiesa ser ella dogma de nuestra santa fe. Aun permanecerás en tu terquedad ¡oh temerario protestante! Crep que no; porque llevarla á cabo hasta este grado seria declararte á tí mismo voluntario habitante de la casa de los Orates.

Ademas recordamos una multitud de autores que han escrito sobre María Santísima y de un modo especial han denominado esas producciones de "la Virgen." Asi Ambrosio en sus libros de oro sobre la virginidad y los virgenes, les presenta á la Virgen como á la Reina y á su modelo. San Anselmo escribió dos obras excelentísimas que apellidó "La Concepcion de la Virgen y las excelencias de la Virgen." Arnoldo procuró agradar á la Reina de los cielos con el hermoso tratado de las "Alabanzas de la Virgen." San Bernardo sobre palabras del Evangelio, del Apocalipsis y aun del Antiguo Testamento, con un mérito inimitable escribió muchos sermones con el título de "La Virgen." Canisio, tan fervoroso como sabio, nos ha tratado muchos puntos importantísimos de la Madre de Dios, con el título de "La Santísima Virgen." Dionisio Areopagita despues de haber tenido el gusto de verla mientras vivia, compuso una obrita que llamó "Adoracion de la Virgen en carne mortal;" Dionisio Riquelieo denominó su bellissimo "Tratado de la Virgen." Dionisio Cartusiano, tan conocido por su rara santidad como por sus escritos, nos ha dado á luz una composicion que conocemos con el nombre de "Alabanzas de la Virgen." Y San

Epifanio, que tanto se distinguió por su amor fervientísimo hácia la Madre de Dios, escribió una obra que ha llegado á nuestros tiempos con el título de "Espejo de la Virgen."

Tulberto nos escribió de María un sermón sobre el "Nacimiento de la Virgen;" y tenemos dos obras de San German que llamó del "Síngulo de la Virgen;" y la otra "Muerte de la Virgen." Gerson, tan fervoroso y lleno de piedad como instruido y prudente, arregló un tratado sobre "La Correa de la Virgen." Gregorio de Nicomedia apellidó sus producciones marianas, "Sermones sobre la Virgen;" y bien conocidos son los escritos de San Jerónimo contra Elvidio, y de Gregorio Nazianzeno sobre la "Anunciacion de la Virgen." San Ildefonso se ocupa un lugar privilegiado, porque no se contentó con escribir la obra hermosísima de la "Corona de la Virgen" y de "El parto de la Santísima Virgen, sino que añadió un tratado especial que con mucha razon conocemos con el nombre de la "Perpetua virginidad de la Virgen;" Jordan nos habla de la "Contemplacion de la Virgen;" San Juan Damasceno compuso muchos discursos que llamó "Discursos sobre el nacimiento de la Virgen," Vileloquio formó toda una "Biblioteca Virginal" que compuso de lo mas excelente que se habia escrito; y en nuestros dias el editor de todas las obras eclesiásticas, Miñi ha dado á luz diez tomos en folio sobre la vida, las glorias, la grandeza y los milagros de María Virgen. Macion, al hablarnos de María nos descubrió sus inmensas bellezas en el tratado que tituló "Creacion del Alma de María Virgen;" Novarino escribió su obrita "La sombra Virginal." Ricardo de San Lorenzo, Salmeron, Simon de Casia y Villegas, dieron á luz "Los favores de la Virgen," "De la bienaventurada Virgen," "Alabanzas de la Virgen. . . ." Pero ¿cuándo acabariamos de enumerar la multitud de piezas en forma de libros, de tratados, de sermones, de discursos, de homilias y de oraciones sobre la Virgen? Verdade-

ramente es del todo imposible; y sin embargo, cada uno de esos documentos es una demostración evidente de la perpetua virginidad de María. ¡Hasta este punto quedan confundidos los protestantes que han escrito contra la pureza virginal de María!

Oh Santísima Virgen, tú eres hermosísima como el lirio es bello y gracioso: y á la manera que el lirio se distingue por la blancura de su color, por su olor suavísimo, por la suavidad en la superficie, y por la hermosura de su todo; así tú, tiernísima Madre mía, eres cual místico lirio, la hermosísima por tu virginidad, la purísima después del parto, la fragantísima en tu divino Hijo y la suavísima en el amor que nos profesas: miranos, pues, con ojos de misericordia, ya que agradaste del todo á Dios, derrama tus gracias en nuestro favor, asístenos con tus dones, defiéndenos de todos los peligros, y echa una mirada compasiva sobre todos los pecadores, para que convirtiéndose de veras, y viviendo todos en la gracia y amistad de Dios, logremos verte y adorarte en la gloria. ¡Oh piadosísima Virgen! echa una mirada compasiva en favor de los protestantes para que en lugar de las maldiciones de que se hacen merecedores por su terquedad, entren dentro de sí mismos, y del todo convertidos, logren los saludables efectos de la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

50. *Frutos de esta obrita.*—Me disimularás, lector carísimo, si antes de finalizar esta obrita te indico el fruto que debes sacar de ella; porque siempre he estado en la convicción, que no basta leer para que uno se aproveche de la lectura, sino que casi siempre es necesario bajar al particular, para que moralizando se aplique uno debidamente las verdades á sí mismo, se sirva de ellas para la práctica, y de esta manera se haga mejor: y nada más justo, que de la defensa que hemos hecho de la perpetua virginidad de la Inmaculada y divina María, nada

mas justo, que el que salgamos más virtuosos y más castos.

Primer fruto.—*Amar la virginidad*, porque los vírgenes son los venturosos, vistos por San Juan, como nos refiere el Apocalipsis, en el misterioso é incontable número de ciento cuarenta y cuatro mil que tenían escritos en su frente el nombre de Jesús y el de su Padre. ¡Ah! ¡qué felices! ¡qué conjunto de gozos! ¡qué alegrías tan verdaderas.! Al mismo tiempo el apóstol vírgen oía voces del cielo como perfectos músicos que tañían sus instrumentos á lo divino y cantaban el cántico nuevo ante el trono y el Cordero Inmaculado, ante los misteriosos animales y los veinticuatro ancianos. Cantaban el cántico nuevo como verdaderos vírgenes, y cántico que solo podían cantarlo aquellos felices que no se mancillaron con el contacto de mujer; y cántico que solo podían cantarlo aquellas venturosas que no fueron manchadas con el contacto del hombre. ¡Felices hombres y felices mujeres, porque fueron como las primicias escogidas por Dios y por el Cordero! ¡Felices unos y otras porque conservaron íntegros sus cuerpos y sus almas! ¡felices unos y otras porque seguirán al Cordero por do quiera que vaya! y ¡felices unos y otras porque en su boca no se halló la mentira, y están sin mancha ante el trono de Dios! ¿Cómo no amar una virtud tan divina? ¿cómo no quererla de modo que uno la conserve? ¡qué privilegios, qué gracias las concedidas á las personas vírgenes en este mundo! ¡qué gloria, qué méritos, qué distinciones para la vida eterna! ¡Ah! ¿quién no ama á la virginidad?

Segundo fruto.—*Meditar sobre sus privilegios.* Como el fruto que intentamos al escribir nuestro tratado, es extender el reino de la virginidad y de la pureza, por esto nos parece ahora que será buen medio para conseguirlo, el pensar atentamente sobre sus privilegios. Elevemos algo nuestro espíritu de esta tierra de carne, y contemplemos la nobleza, el oficio, el orden,

la virtud y las felicidades de los vírgenes. ¡Ah! ¡qué privilegios los privilegios de los vírgenes! Ellos son personas nobilísimas ante Dios. los asistidos de un modo singular. los llenos de gracia, sabiduría y virtud. los reunidos en los claustros, dando al mundo una imagen del paraíso. los encerrados en las grutas, quejándose del sol, que con su nacimiento les impedía continuar en la oración. los ocultos en sus casas agradando á su divino Esposo con la suavidad de sus aromas virginales. son, en suma, los que han disfrutado de la verdadera felicidad en este mundo cuanto es dable á nuestra naturaleza. Ellos forman la porcion queridísima del Cordero, llevan en su frente el nombre de Dios, y son las flores escogidas del jardín de la Iglesia: flores divinas que han deleitado la vista y el olfato del mismo Dios. Ellos forman los coros especiales del cielo, que forman las delicias del mismo Dios, y son al mismo tiempo cual truenos formidables que espantan los abismos y á los inmundos: y ellos tienen el incomparable privilegio de ver á Dios en sus criaturas, y de una manera especial de verlo en sí mismo: ellos, en suma, lo diremos de una vez para honra y gloria, para honor y bendición de los sagrados vírgenes, ellos forman las delicias de Dios.

Pero ¿es posible que siendo nosotros tan míseros y tan malos, podamos formar las delicias de Jesus? Sin duda alguna, que se verifica por medio de la santa virginidad, porque en la Iglesia hay siempre un número extraordinario de almas vírgenes que con su pureza y capitaneados por su Reina, constituyen el coro virginal, y todos juntos forman las delicias de Jesus. ¡Oh Dios! ¡Oh, cuán bueno sois! ¡Oh virginidad adorable! ¡qué santa, qué pura! ¡cuán agraciada eres! Tú, tú fuiste como dice San Ambrosio, la virtud poderosa que llamó del cielo, lo que debia practicarse en la tierra. tú eres la misteriosa nube que penetrando por los aires, estrellas y coros angelicos fuiste en

busca del Verbo, lo encontraste, lo atrajiste á la tierra y le comunicaste mil delicias presentándole por habitacion á almas vírgenes, mediante María su poderosa y singularísima Reina. ¡Ah! con razon, con razon hemos exclamado: "¡Quién no ama á la virginidad!"

Tercer fruto.—Distinguir á la virginidad conforme al aprecio que de ella han hecho los mayores santos. Todos los santos, absolutamente todos los santos se han esmerado en publicar las cien y cien bellezas de la santa virginidad; y San Juan Climaco, San Cipriano y San Atanasio, San Gregorio, Ruperto y San Máximo, San Agustin, San Juan Damasceno y San Bernardo, entre otras muchas cosas, nos dicen de virtud tan peregrina, "que ella es una participacion angélica é incorpórea, una imagen de la santidad del mismo Dios, el templo exquisito de la virginidad, la morada del Espíritu Santo, y la que reconoce por germen, por autor, por Maestro y por descendencia al mismo "Hijo de Dios." ¡Oh virtud incomparable, flor de la religion, riqueza de la Iglesia, porcion ilustre del rebaño de Jesucristo, felicidad del corazon, calma de todas las pasiones, adorno del cuerpo, hermosura de la carne, delicias de la naturaleza humana, fundamento de perfeccion y los mas bellos adornos de la mas encumbrada santidad. Virtud, en fin, que como dice San Bernardo, es demasiado elevada y sublime por ser mandada, al paso que es tan privilegiada y tan bellísima que ha sido practicada de infinitos, atraidos de su olor y hermosura. Oh, qué bien nos convida la Virgen diciéndonos: "¡Sed vírgenes como yo soy Virgen!" Y si todo esto es aun en la tierra, ¿qué será en el cielo? ¿qué diremos de sus privilegios, de sus distinciones y de su nobleza? ¡Oh María! tú la gran Reina de los ángeles, tú la prelada de las religiones y congregaciones, reunion feliz de afortunados vírgenes: tú la que los conduces por entre rosas olorosas y hermosas azucenas brillantes de blancura virginal; y tú que en la

vision beatífica ocupas el lugar primero, ruega, ruega por nosotros oh bienaventurada entre las vírgenes, ya que como humildes, cuidadosos y castos, recurrimos á Vos: y ruega tambien por los protestantes para que dejen sus errores, se conviertan de veras, vivan cristianamente, y logren un dia la eterna gloria.

CAPITULO IX.

DEFENSA DE LAS HIJAS DE MARÍA Y LA REFUTACION DEL FOLLETO QUE LAS ACUSA.

51. *Refutacion contra los protestantes.*—Cómo los protestantes al dar á luz su folleto que titularon *Las Hijas de María*, no se contentaron con negar la virginidad de María Santísima, sino que dijeron tambien contra estas almas sencillas, cosas no convenientes, y asentaron ademas como acostumbra, muchas falsedades contra ellas; por esto hemos querido, antes de dar fin á nuestro trabajo, salir de su defensa, no solo manifestando la inocencia de los cargos que les hacen los protestantes, sino que tambien dándolas á conocer ya como cristianas, ya como miembros de la Asociacion llamada *Las Hijas de María*.

El autor del nauseabundo folleto, llama á las hijas de María adoradoras de la Virgen: y con una mala fe la mas patente, ó con una ignorancia culpable, ó quizás con ambas cosas á la vez, supone que adoran á la Virgen como los idólatras y paganos adoraban á sus ídolos. Esta suposicion, señor autor, es del todo gratuita, porque ni siquiera ha pasado por la cabeza de una sola hija de María; al contrario, todas saben y profesan, que á solo Dios se le da el culto supremo que conviene á Dios; y que á María, si la adoran, como de hecho la adoran, la adoran no como á

Dios, sino con el culto que es propio de María la Madre de Dios. Ahora, si despues de esta declaracion sigue usted con sus trece diciendo que las hijas de María son idólatras, esto indica, señor autor del folleto, que usted es un solemne calumniador; porque de hecho las calumnia atribuyéndoles lo que nunca han hecho, ni han dicho, ni siquiera han pensado.

A renglon seguido sigue afirmando que las hijas de María echan cartas dirigidas á María dentro del cepillo de la Virgen. A la verdad, señor autor, desearia de usted no tramoyas, ni trampantojos; porque su dicho es tan falso que jamas ningun sacerdote ha enseñado semejante doctrina como usted asegura, y jamas ha intentado hacerlo creer no digo á las hijas de María, mas ni siquiera á ninguna otra clase de fieles. ¡Un sacerdote enseñar que las cartas dirigidas á María y echadas dentro del cepillo de la Virgen, su contenido llegaria á Ella.!!! Cuidado señor mio, porque semejante doctrina no la enseña la Iglesia Católica, ni siquiera la practica, y se hace usted muy poco favor propalando semejantes mentiras.

No hagamos caso de la descripcion que hace sobre la quemazon que tuvo lugar en la iglesia de los padres jesuítas de Santiago de Chile; porque solo su lectura, suponiendo el hecho cierto, indica, señor mio, que la calumnia ha movido su lengua, porque ni los padres jesuítas fueron causa de lo que su malicia y maledicencia les atribuye, ni se portaron de la manera infame con que los presenta, ni se encontraron en el grande recinto de la iglesia las cenizas y humeantes restos de dos mil desgraciadas y engañadas hijas de María. Señor mio, usted es el desgraciado y el engañado autor de su triste folleto.

Luego nuestro pobre hombre, en tono de maestro de la verdad y de doctor universal en todo género de ciencias, hace las siguientes preguntas: ¿Estuvieron estas mujeres para dar culto á Dios Padre y á su Unigénito Hijo Jesucristo Señor nuestro?